

Liturgia, lo sagrado e inculturación: testimonio de un misionero

Jean-Marie Moreau ¹

I. Presentación de la misión: Mayumba, Gabón (África negra)

Tras haber sido profesor durante un año en Mouila, llevo diez años como párroco en la selva de Mayumba. La misión cuenta con 10 000 fieles repartidos en 20 aldeas y 8 500 km². La población no es especialmente alfabetizada, tiene fama de ser muy fetichista y muy tradicionalista (en el sentido africano). Pero hay allí cristianos de toda la vida formados por una antigua misión católica fundada en 1888. Hasta el concilio, disfrutaron de la antigua liturgia romana en latín; después, de la liturgia reformada durante casi 30 años (de 1966 a 1992), y desde hace 10 años han vuelto a la antigua liturgia en latín.

El final de los años sesenta estuvo marcado por el declive de la misión:

- el cierre sucesivo de las obras, entre ellas la principal, el internado-escuela
- el envejecimiento del personal misionero y la falta de relevo generacional
- disminución de los sacramentos: el más significativo fue el del matrimonio (signo de una sociedad cristiana), que pasó de una veintena al año a unas pocas unidades o incluso a cero
- las hermanas se marcharon, el sacerdote se quedó solo, la iglesia se había vaciado
- la misión quedó abandonada con todos sus hermosos edificios

Mi llegada fue una alegría: supuso el regreso de los padres «blancos» con sotana y la misa en latín. Esto atrajo a todo el mundo y sacó a los cristianos de toda la vida de su letargo; a ellos, que ya no iban a misa.

Providencialmente, fue como una «contrarrevolución» para los notables, que recuperaron su lugar habitual en la iglesia, es decir, el primero: porque ellos conocían esa liturgia, era su ámbito. Los jóvenes les siguieron: «¡Nos estamos adelantando!», decían.

De una misión abandonada, a punto de cerrar, hemos vuelto hoy a una misión, no próspera, pero al menos viva, con:

- 120 bautismos al año
- 50 confirmaciones
- pequeñas iglesias en construcción (5)
- jóvenes que se forman y se santifican en los distintos movimientos

¹ Hechos VIII. Versalles. Del 8 al 10 de noviembre de 2002.

- escuelas (600 alumnos) que se defienden e intentan mantener el honor de la Iglesia católica

Al preparar este testimonio, he recordado dos anécdotas:

Cuando tuve que bendecir una casa en la que vivían dos madres (de 70 años, una de ellas ciega), tras la comunión, entoné «Asperges me...». Mis dos madres continuaron conmigo, y luego «Ostende nobis... et salutare tuum da nobis». «Domine exaudi... et clamor meus ad te veniat». » Me respondían en latín: esa es la labor de los misioneros y de las Hermanas. También me pidieron misas por su hijo, incluida una en Roma (son devotas de Roma). Estas madres son perfectamente africanas en todo lo que la naturaleza les ha dado, pero sobrenaturalmente católicas romanas; adiviné que tenían almas hermosas a través de sus hermosos rostros africanos.

Al mismo tiempo, había invitado a un niño a comer y me divertía viéndole comer su yogur. Le hizo un pequeño agujero y se lo tragó de un bocado —¡como si fuera un coco, claro!—. Lo detuve. Le dije: «No, quita la tapa y cómetelo con tu cucharita». ». Me hizo gracia porque pensé que seguramente era la primera vez que comía un yogur. ¡No formaba parte de su cultura!

¿A dónde quiero llegar?

En una época en la que se quiere pasar por el tamiz todo aquello que, aparentemente, no tenga raíces en la cultura local para relativizar su valor —como la educación en la liturgia romana latina—, supuestamente demasiado occidental o europea y, por tanto, colonialista, ¿a quién se le ocurriría quitar de África los yogures porque no saben comerlos con cucharita o, peor aún, los coches porque los negros ni siquiera inventaron la rueda, o incluso los móviles con el pretexto de que las comunicaciones a distancia se realizaban tradicionalmente al ritmo de los tam-tams? Parece que hay dos varas de medir: por un lado, se llega a hablar de esclavitud y desculturización, y por el otro, ¡de progreso! Debe de haber algo de magia ahí debajo, no magia blanca, sino magia negra, un poco de brujería, ¡la influencia de los espíritus malignos! ¿No?

II. Presencia del rito romano en África

«El Evangelio fue anunciado por misioneros que trajeron al mismo tiempo el rito romano» «La liturgia romana y la inculturación» (n.º 6), Congregación para el Culto Divino

¿Cómo se vivieron en África, y especialmente entre nosotros, la evangelización, sobre todo el espíritu romano y la misa romana en latín?

¿Cuál era el espíritu de la Iglesia como madre que dio origen a estas comunidades cristianas? He aquí algunos documentos de la época:

Mémorial du Congo français, julio de 1890

Deseando ardientemente que la Misión del Congo Francés tenga, en todo y en todas partes, únicamente la doctrina más pura de la Iglesia católica, apostólica y romana; que no conozca otro espíritu ni otras costumbres que las de esta santa Madre de todas las Iglesias, hemos resuelto romper por completo con una costumbre moderna y exclusivamente francesa relativa a la administración del sacramento de la Confirmación.

Desde principios de este siglo, en efecto, se ha introducido en Francia la costumbre de administrar este sacramento únicamente a los niños que han recibido la primera comunión. Ahora bien, se trata de una costumbre totalmente contraria a lo que se ha hecho en toda la Iglesia desde los apóstoles hasta nuestra gran revolución, época en la que solo Francia se apartó de la práctica común de la Iglesia. (p. 209)

.Tanto blancos como negros quisieron asistir; las ceremonias (ordenación del primer sacerdote indígena y órdenes menores), que se desarrollaron con una perfecta armonía y una solemnidad majestuosa, impresionaron profundamente a todos los asistentes y, sobre todo, a las jóvenes almas de nuestros niños. (p. 223)

Reglamento de la obra de los niños en el vicariato apostólico del Congo francés

(1890) El objetivo de esta obra es proporcionar a todos los niños que forman parte de ella una educación cristiana verdaderamente adecuada a las necesidades de la sociedad africana del Congo francés y acorde con los recursos del país.

Las necesidades actuales (1890) de la sociedad africana del Congo francés son las de cualquier sociedad que se asiente sobre bases sólidas, es decir, sobre la instrucción y el trabajo.

La instrucción religiosa será sólida y profundamente cristiana, católica, apostólica y romana. Pues es la única que contiene los verdaderos principios constitutivos e inquebrantables de las sociedades. (p. 3)

Dado que la Misión es una casa de civilización y formación, su honor exige que sus principales alumnos salgan de ella con modales no solo buenos, sino también distinguidos.

La formación y la dirección de los camareros... (p. 15)

Pero, ¿qué era lo que animaba a estos misioneros? En primer lugar, el deseo de ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa para aplicar los méritos de Jesucristo a la redención de los paganos. La

redención es eficaz: la gracia transforma, no destruye la naturaleza, sino que la eleva. El más incrédulo se convierte en un hombre nuevo por la gracia y sus esfuerzos. Así lo atestigua, por ejemplo, la vida de monseñor Le Roy: «Au Kilomandjaro», p. 239, Auteuil, París

Monseñor ha tenido fiebre toda la noche, ahora se siente abatido, pero por nada del mundo querría perderse esta misa que se prometió a sí mismo y a África; y se erige el altar portátil, comienzan las oraciones y el sacrificio llega a su fin... Sea cual sea el rincón del mundo en el que el sacerdote lo ofrezca, sin duda tiene en todas partes el mismo valor; pero, sin embargo, parece que allí, en manos de un obispo (¡Monseñor de Courmont!) enviado por el vicario de Jesucristo a la raza más abandonada de la tierra y en la cima más alta (a 3.600 m) del país que esta ocupa, parece que la Santa Víctima implora a Dios con mayor insistencia misericordia y salvación.

Que desde allí, como de una fuente elevada, descendan sobre todas las misiones del continente negro los ríos de gracias a orillas de los cuales brotarán las flores y los frutos de la moral cristiana. (p. 239)

O también el diario de los misioneros de Argel en África ecuatorial: «A la conquista de los países negros» (1884)

Prevedemos que a menudo nos resultará difícil celebrar cada día el santo sacrificio de la misa; pero los domingos no queremos faltar nunca a ello, y queremos hacerlo con toda la solemnidad que permitan las circunstancias de nuestro viaje. La primera preocupación de nuestros buenos superiores, en el momento de la partida, fue proporcionarnos todo lo necesario para el culto divino. Monseñor el arzobispo de Argel nos ha regalado varias de sus vestiduras litúrgicas. Las obras apostólicas de París y Bruselas nos han donado asimismo varias capillas completas. Las santas religiosas carmelitas de la Cité-Bugeaud, cerca de Argel, no solo han bordado nuestros hermosos estandartes del Sagrado Corazón, que sirven de punto de reunión a nuestras caravanas, sino que además les han adjuntado lencería sagrada. Antes de partir, hemos recogido nuestra provisión de vino y la harina necesaria para confeccionar las hostias. No nos falta, pues, nada para celebrar solemnemente la santa misa.

Bajo nuestra tienda principal, de acuerdo con las instrucciones escritas de monseñor el arzobispo, habíamos montado el altar. Los estandartes del Sagrado Corazón ondeaban por encima. Se cantó la misa solemne ante el gran asombro de nuestros pagazis y de nuestros

askaris, que nunca habían visto nada semejante, pero a quienes explicamos que esa era nuestra oración por excelencia.

O, por último, el reverendo padre Briault:

«Bajo el cero ecuatorial», Bloud y Gay (1927)

el padre monta su altar portátil. Nada da más idea de pobreza, de austeridad, de lo estrictamente necesario, como un altar portátil. El misal es del tamaño de un breviario, el cáliz es un juguete de imitación, las velas tienen el tamaño de un lápiz, la propia hostia está recortada. En cuanto a los ornamentos, conservan en la espalda del sacerdote los profundos pliegues que se han formado a lo largo de sus años de viaje y la mezcla de tonos que la seda roja mojada ha dejado sobre el damasco blanco. Y, sin embargo, la más mínima misa bajo la choza es solemne: el sacerdote, apenas ataviado con sus ornamentos rasgados y raídos, ya no tiene la voz con la que habla a los hombres. Hasta el último de los paganos se da cuenta: lo que allí ocurre son cosas de Dios. Y, en medio del silencio que se extiende por el pueblo, la choza, cuyo techo mojado echa humo bajo los rayos del amanecer, parece transfigurada. (¡Entendedlo! No son cosas de Europa ni de África, sino cosas de Dios.)

«Los salvajes de África», Payot (1943)

En las grandes fiestas, el catequista lleva a todo su grupo de catecúmenos a la estación y todos esos pobres salvajes, ante las iluminaciones de una misa de Navidad o de Pascua, ante una Primera Comunión solemne, se creen, como los francos de Clodoveo, transportados al Paraíso. Al regresar, les invade un deseo apasionado de entrar en esa Iglesia de las almas, que no hace más que despertar lo mejor que hay en el hombre (p. 290).

Se podría pensar que las poblaciones locales reciben esta instrucción de forma pasiva; pero no es así, participan de verdad:

Manual de los maestros – Loango 1892

Todos los maestros deben saber cantar lo suficientemente bien como para enseñar a sus alumnos los cantos o himnos franceses o en fiotes (lenguas indígenas), etc., más habituales en la Misión. Todos deben conocer también los principios de la cortesía cristiana para enseñárselos a sus alumnos, así como las principales ceremonias de la Iglesia propias de los fieles y, en particular, la forma de responder en la misa y de asistir al sacerdote en el altar (p. 8).

P. Briault – Sous le zéro équatorial, Bloud et Gay (1927)

Las iglesias africanas son escenario de un culto tan piadoso, tan digno, que siempre deja atónitos a los nuevos misioneros. El simple servicio de una misa baja es una maravilla. El pequeño negro que responde a ella con una sotana roja que le cae recta sobre los pies descalzos, con una casulla ligera de una blancura inmaculada, no omite ningún saludo, no «se salta» ni una sola palabra del texto latino y lo ejecuta todo con la seriedad de un perfecto seminarista. Una ceremonia episcopal celebrada con la colaboración de un grupo de nuestros jóvenes cristianos es una maravilla de precisión y orden; mientras que en cualquier otro lugar el orden y la decencia son las cosas más difíciles de conseguir de los negros. Es evidente que la fe reina y la gracia obra, y son ambas, junto con las disposiciones naturales de la raza para las cuestiones musicales, las que permiten a nuestros coros africanos asimilar de forma tan rápida y acertada nuestras melodías gregorianas (p. 49-50).

Koren – Los Espiritanos (París, 1982)

Una liturgia espectacular impresionaba a los africanos: les ayudaba a reconocer la realidad de los misterios sobrenaturales. Se velaba por que todos participaran en ella. Nuestras Iglesias occidentales habrían tenido mucho que aprender de ello. El «gregoriano», en particular, se cantaba casi siempre con un entusiasmo impresionante y una auténtica belleza en la ejecución (p. 519).

Cabe destacar el especial cuidado que se prestaba a la música sacra. En los internados se aprendía el canto llano cinco días a la semana. Aún hoy, las misas de réquiem se cantan de memoria. Los fieles tienen una gran capacidad para aprender. He oído a niños de cuatro años cantar el Regina Coeli. En todas nuestras escuelas primarias se aprende el Kyrie y las antífonas a la Santísima Virgen (Salve Regina....)

Las opiniones eran entonces unánimes: la liturgia romana calaba hondo en las almas. Un señor me contaba recientemente que, para su madre, «Jesús no había nacido esa Navidad, porque en la iglesia no se había cantado el “Puer Natus”». Así pues, los negros entendían, participaban y vivían plenamente esa liturgia. El señor alcalde me contó que, al cantar el «Veni Sancte Spiritus», se sentía a Dios descender del cielo. Otro me confesó: claro que no lo entendíamos, pero sabíamos que era para Dios. ¿No coincide esto con lo que dice el cardenal Ratzinger: «Aunque los participantes probablemente no comprendan todas las palabras, perciben su significado profundo, la presencia del misterio que trasciende todas las palabras»? (Liturgia y misión, CIEL, p. 77)

Y esta liturgia comenzaba a dar frutos, como atestigua «El alma de los pueblos por evangelizar», Lovaina – 1918:

La misa: esta magnífica devoción de la piedad del africano negro no ha hecho más que empezar, pero ya se vislumbran los frutos que cosecharán las generaciones futuras, siempre que los misioneros mantengan el fuego sagrado entre esos corazones aún jóvenes. Mirad con qué devoción asisten cada mañana a los divinos misterios (p. 85).

Una mente moderna puede plantearse lógicamente la siguiente pregunta: ¿se pretendía convertirlos en «pequeños blancos»? ¿Transformarlos según nuestros criterios occidentales? No, porque, ante todo, la obra realizada era una auténtica obra africana.

Costumbres de la obra de los niños en el vicariato apostólico del Congo francés (1890):

A estos jóvenes africanos solo hay que pedirles lo que pueden dar, pero hay que pedirles todo lo que pueden dar. Hay que llevar a cabo con ellos una obra africana, tanto en el fondo como en la forma... Hay que tener en cuenta las costumbres o hábitos de estos pueblos. Con el fin de conservarles todo lo que puedan tener de bueno o de indiferente y de aportarles nuestras cualidades sin mezclar en ello nuestros defectos. Hay que llevar a cabo una obra africana, enriquecida con lo que hay de bueno y adecuado para África en la civilización europea y, sobre todo, en la civilización cristiana. Pero querer hacer en África lo que se hace en Europa, y de la misma manera, es cometer un grave error y, sin duda, fallar en el objetivo. Porque África no es ni será jamás Europa: su clima y sus productos nunca serán los mismos que los nuestros; la raza negra nunca será la raza blanca; por lo tanto, la vivienda, la vestimenta, la alimentación y la educación no pueden ser las mismas. Las cualidades y los defectos de los negros no son los mismos que los de los blancos. Por lo tanto, los blancos y los negros no deben ser tratados de la misma manera, ni recibir la misma educación (págs. 4-5).

De ahí la prioridad que se concede a la formación del clero indígena (los misioneros siempre han recibido sus directrices de Roma):

Es cierto que la Misión nunca podrá ser evangelizada sin la ayuda de personal apostólico indígena... (página 9).

Los propios misioneros tratan de no importar un modelo colonial, tal y como afirma monseñor Truffet, citado por Pitra en su «Vida del venerable Libermann»: «No vamos a establecer en África Italia, Francia ni ninguna otra región de Europa, sino únicamente la Santa Iglesia Romana, al margen de toda nacionalidad y de todo sistema humano. Con la gracia

de Dios, nos despojamos de todo lo que es meramente europeo para conservar únicamente los pensamientos de la Iglesia, que son los de Dios».

No es más que una repetición de la frase de san Pablo: «Hacerse todo para todos, a fin de ganar a todos para Jesucristo». 1 Cor. IX, 22

¿No dice el padre Libermann (Cartas, 1840):

«No juzguéis por lo que habéis visto en Europa... despojaos de Europa, de sus costumbres, de su espíritu. Hacedvos negros con los negros para formarlos como deben ser, no a la manera de Europa, sino dejándoles lo que les es propio; adaptáos a ellos como los siervos deben adaptarse a sus amos, a los usos, al estilo y a las costumbres de sus amos, y ello para perfeccionarlos, santificarlos, sacarlos de su miseria y convertirlos, poco a poco, con el tiempo, en un pueblo de Dios».

Por lo tanto, los misioneros excluyen implícitamente que la liturgia forme parte de una moda europea: la liturgia romana no es europea, ni occidental, ni colonial; es de otro orden. La Iglesia Católica Romana, demasiado preocupada por no importar un modelo colonial, introduce sin ninguna contradicción el rito romano. Esto es fundamental y tiene que ver con la comprensión de lo que es la liturgia, que es esencialmente una sumisión, una obediencia (como dice san Pablo) a un principio externo.

III. La cuestión de la inculturación

¿Qué es la inculturación y cuál es su objetivo?

Este neologismo, adoptado en los trabajos de la congregación general de los jesuitas en 1973, se ha convertido en la palabra clave de la nueva evangelización en los países de misión, el tamiz a través del cual se revisa toda la historia de las misiones.

Así lo expresó el cardenal Sepe en las conmemoraciones de Santo Tomás y San Francisco Javier, en la India, los días 16 y 17 de noviembre de 2002:

«Los cristianos de Santo Tomás conservaron fielmente el mensaje evangélico, inculturando plenamente la fe en la cultura local. Gracias a esa inculturación, los cristianos de Santo Tomás no eran considerados fieles de una religión extranjera. Al fin y al cabo, Jesús procedía de Asia. Eran plenamente cristianos por su fe e indios por su cultura... San Francisco Javier comprendía la importancia de fundirse con los demás, de inculturarse».

El documento de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos: «La liturgia romana y la inculturación» (abreviado LRI) señala:

La constitución *Sacrosanctum Concilium* se refirió a la adaptación de la liturgia. Posteriormente, el magisterio de la Iglesia ha utilizado el término «inculturación» para designar de manera más precisa «la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia» (LRI n.º 4).

Así, del mismo modo que el Verbo se hizo carne (piel, color...), la Revelación adquiere un rostro humano (judío, griego...) según la expresión que recibe en cada cultura.

«La inculturación significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y el arraigo del cristianismo en las diversas culturas humanas».

Si se trata de encontrar raíces para el cristianismo en las diferentes culturas, esto se denomina «piedras de espera», las semillas del Verbo. Si se trata de hacer penetrar el cristianismo en las culturas, esto se denomina evangelización, conversión. . . El término «inculturación» designa un doble movimiento: «La Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su propia comunidad . . . como para enriquecerse con la sabiduría de las naciones.» (LRI n.º 4–6)

A la luz de la propia definición y del objetivo de la inculturación, basándome en la primera parte de mi conferencia y en mi modesta experiencia, me parece que la presencia del rito romano tradicional, tal y como se recibió durante la primera evangelización, debe considerarse no como un obstáculo, sino más bien como una oportunidad para la Iglesia y para África en particular.

1. *El rito romano tradicional se adapta perfectamente a las necesidades del alma bantú.*

Cristo en Gabón – Lovaina, (1931)

«El alma bantú es profundamente religiosa. Lejos de repelerla, lo sobrenatural la atrae y responde a una necesidad, pues en él encuentra la explicación a todos sus asombros. Todo en sus creencias y tradiciones predispone al negro a lo maravilloso. El misterio que aleja a tantos civilizados racionalistas no le detiene en el camino de la fe. Nunca discute lo que no comprende». (p. 56)

Revista *Spiritus* n.º 8, (1961) Cita del primer sacerdote congoleño (R.D.C.) en la *Revue Congolaise* (1917), donde analizaba sus reacciones y las de los primeros seminaristas ante el estudio de la filosofía escolástica:

«La filosofía se encuentra de forma natural en nosotros. Ya intuíamos estas cosas en el pasado. Nos hacíamos preguntas, pero ignorábamos el camino que nos sacaría de nuestras inquietudes. Ahora nuestra inteligencia está en paz».

a) Universalidad y unidad

La trascendencia del rito romano ya no necesita demostración: toma elementos tanto de Oriente como de Occidente. Ha sido pulido a lo largo de los siglos e impuesto por todos los papas que trabajaron por la unidad de la Iglesia en todo el mundo. Este monumento, declarado «patrimonio común de la humanidad», que integra el silencio y el misterio en un lenguaje sagrado que no pertenece a ningún país, trasciende el tiempo y las fronteras, así como las contingencias culturales, para entrar en comunión con el Dios vivo y verdadero, y dar inicio a la alabanza eterna del cielo, donde ya no hay ni razas ni naciones. Los africanos son muy sensibles a esta capacidad que tienen de participar, a través de este rito, en la universalidad de la Iglesia Romana. Uno de los argumentos más contundentes es decirles: aquí la misa (en latín) es como en Roma, es como con el Papa.

Un día, un médico me pidió un libro de catecismo. Le mostré el libro habitual:

«Jesús en África». No le gustó el título, ¡como si ese cristianismo fuera menor, truncado, adaptado!

El argumento de la riqueza de la diversidad es a menudo un argumento ad hominem. De hecho, la unidad, atributo divino y sello de la universalidad, es de una riqueza superior. Los africanos sufren por sentirse marginados. Un rito africano les halagará por un tiempo, pero pronto se cansarán de él.

b) Su valor tradicional

El negro vive únicamente de la tradición: su país se sustenta en la tradición, su prosperidad, su felicidad terrenal e inmortal, su existencia, su salud, las plantaciones... Lo que el negro ha recibido de sus antepasados es sagrado y perfecto: ¡es la costumbre! (Por otra parte, nunca se plantea la cuestión del porqué o del cómo). Así pues, una de las críticas que se podían hacer a la religión cristiana era que trastocaba esa costumbre (pero ¿no vimos ya algo así en tiempos de Jesús y del Imperio Romano. . .!) Sin embargo, los primeros misioneros dejaron una huella tan profunda en las mentes y los corazones que hoy en día no pueden ser vistos más que como héroes y santos, los Padres Fundadores: «¡Ah, los Padres de antaño, no son como los de ahora!»

El rito romano tradicional debe hoy su fuerza y su éxito a su valor tradicional: está arraigado en la memoria africana. A menudo me basta con decir: «¿Se hacía eso antes en la Misión? ¿Lo hacían los Padres?».

Este sentido común tradicional se refleja en las palabras del presidente Bongo: «Es ridículo querer reescribir la historia, borrar un período de la memoria para recuperar no sé qué raíces. Gabón fue colonizado por Francia... Francia es una de las raíces, uno de los componentes de Gabón. Es un hecho y hay que respetar los hechos. No hay que romper con el pasado». En **Blanc comme Nègre**, Grasset 2001 (p. 85).

c) La expresión de los valores de la cultura africana

«Los africanos tienen un profundo sentido religioso, el sentido de lo sagrado, el sentido de la existencia de Dios creador y de un mundo espiritual (el mundo de los espíritus). La realidad del pecado, en sus formas individuales y sociales, está muy presente en la conciencia de estos pueblos, al igual que los ritos de purificación y expiación. » Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa* (1995), n.º 42.

Por otra parte, el jefe Amadou Gasseto, sumo sacerdote (brujo) del vudú en Benín e invitado a Asís, recordó: «Se trata de reparar el mal que se ha hecho a la creación por culpa del hombre, de pedir perdón a los espíritus tutelares de las zonas que se han visto afectadas por la violencia y por el mal cometido por el hombre, de realizar sacrificios reparadores y purificadores, y de restablecer así la paz». *Osservatore Romano*, 5 de febrero de 2002.

¿Dónde se encuentra mejor, en qué rito y en qué teología, la expresión de estos valores de la cultura africana (hoy en día; todavía existen ritos paganos de sacrificios de animales —gallos, ovejas, incluso seres humanos—, como en el Bwiti), si no es en el rito romano y en la teología tradicional del Santo Sacrificio de la Misa, del Cordero de Dios, víctima expiatoria, propiciatoria y eucarística inmolada en nuestros altares.

Si, por otra parte, el altar puede denominarse «mesa del Señor», convendría que los sacerdotes comulgaran versus ad Dominum, a la manera de los jefes que toman sus comidas al abrigo de las miradas, ¡apartados de todos!

Por lo tanto, es falso y perjudicial creer o hacer creer que la liturgia romana tradicional es ajena al alma africana. La Iglesia, como Madre, ha sabido llegar al alma de sus hijos. La obra de inculturación, en lo que tiene de justo y útil, comenzó con la llegada de los primeros misioneros. Para que los africanos participaran y comprendieran, no era necesario cambiar la forma de actuar.

Si queremos quejarnos de la lentitud de su conversión profunda, de su apego a ciertas costumbres incompatibles con el Evangelio, hay que recordar, para no desanimarnos, que lo mismo ha ocurrido con todos los pueblos, reinos e imperios. No bastan 100 ni

150 años de evangelización bastan para transformar una sociedad pagana en una sociedad cristiana. La historia nos lo enseña. También se necesitarían instituciones cristianas.

2. Los peligros de una inculturación mal entendida

La inculturación, entendida como una nueva ideología, puede socavar los cimientos de la obra misionera. De hecho, no habría que basarse en un principio erróneo que disocie la Revelación (el depósito de la fe) de su expresión (su forma), la cual dependería de las culturas, las conciencias y las experiencias. La religión dejaría de ser algo real y objetivo, porque

«universalis, perennis, communis», como se dice de la filosofía tomista, y que debe ser enseñada, recibida, aplicada y profundizada, hic et nunc, sino que le correspondería a ella «adaptarse a los temperamentos y a las condiciones de los diferentes pueblos, incluso en sus ritos».

Habría que reflexionar sobre los orígenes intelectuales, históricos y filosóficos (descolonización, marxismo, liberalismo, subjetivismo...) de este vuelco de los principios y de sus consecuencias. Una filosofía así suele conducir al desprecio de una teología «superada» de la salvación de las almas.

Ya el cardenal Sepe, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, afirmaba que el «principio de la verdad no puede regirse únicamente por la mera “forma cultural” de sentir, que la inculturación no debe ser el criterio último de verdad con respecto a la Revelación de Dios» (OR, 15 de octubre de 2002).

Ya se observa en África la proliferación de sincretismos (¡por no hablar de la conversión de cristianos al islam!) y el fuerte resurgimiento del paganismo.

Para nosotros, la verdadera inculturación, las prioridades de la transmisión de la fe, de la unidad de la Iglesia y de la santificación de las almas harán que nuestro querido rito, en este contexto de experiencias e investigaciones, sea siempre, no un retroceso, sino una oportunidad: será como la cruz (crux stat), el punto de referencia, el faro, por encima de un mundo atormentado y agitado. Será, además, la garantía del amor de África por la Iglesia de Roma, que es la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo y que cuenta con las promesas de la vida eterna.